

El *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, una joven revista histórica que cumple 50 años*

The *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, A Young Historical Journal that Celebrates 50 Years of Existence

O *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, *uma jovem revista histórica que faz 50 anos*

MAURICIO ARCHILA NEIRA**

Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

* El autor agradece la colaboración de los estudiantes Fabián Correa Bohórquez y Santiago González Torres en la elaboración de las figuras de este artículo.

** marchilan@unal.edu.co

[28]

RESUMEN

El artículo aprovecha las efemérides de los 50 años del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* para hacer un balance de su importancia en la consolidación de la disciplina histórica en el país. En primera instancia, después de algunas precisiones sobre qué significa ser una revista de historia como el *Anuario* y su impacto historiográfico, se realiza un recorrido cuantitativo y cualitativo por la evolución de la publicación, los temas relevantes, periodos y espacios de interés, así como su visibilidad. Luego se analizan algunos de los principales debates que ha propiciado, destacando cómo contribuyeron a perfilar el oficio del historiador en Colombia y a orientar la historiografía nacional, cada vez más inscrita en la de América Latina.

Palabras clave: revistas de historia, historiografía colombiana, institucionalización disciplinar, oficio de historiador.

ABSTRACT

The article takes advantage of the 50th anniversary of the Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura to look at its importance in the field of history in Colombia. The article begins, after some clarifications about what it means to be a journal of history such as the Anuario and its historiographical impact, with a quantitative and qualitative journey through the evolution of the publication, its relevant topics, periods, areas of interest, and visibility. It then discusses some of the major debates that it has initiated, highlighting how they contributed to shaping the work of the historian in Colombia and guiding the national historiography, increasingly more involved in that of Latin America.

[29]

Keywords: *History journals, Colombian historiography, disciplinary institutionalization, work of the historian.*

RESUMO

Este artigo aproveita as comemorações dos 50 anos do Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura para fazer um balanço de sua importância na consolidação da disciplina histórica na Colômbia. Em primeira instância, depois de algumas precisões sobre o que significa ser uma revista de história como o Anuario e seu impacto historiográfico, realiza-se um percorrido quantitativo e qualitativo pela evolução da publicação, seus temas relevantes, períodos e espaços de interesse, bem como sua visibilidade. Após, analisam-se alguns dos principais debates propiciados, destacando como contribuíram para perfilar o ofício do historiador na Colômbia e para orientar a historiografia nacional, cada vez mais inscrita na da América Latina.

Palavras-chave: *revistas de história, historiografia colombiana, institucionalização disciplinar, ofício do historiador.*

[30]

¿Qué es una revista académica como el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*? Lo primero que salta a la vista es que es un objeto físico y tangible, como el libro. Pero hoy en día también hay revistas virtuales que siguen siendo objetos, aunque no tangibles, y en cualquier caso se impone crecientemente la proyección de las revistas académicas en el espacio virtual. Ahora bien, a diferencia de los libros, físicos y virtuales, una revista como el *Anuario* encarna una escritura colectiva de la historia. Además del equipo editorial y administrativo que está detrás de ella, una revista es resultado de muchos autores que escriben artículos, hacen reseñas o realizan otro tipo de contribuciones. Lo colectivo se refiere también a las sucesivas generaciones que la producen, algo que la diferencia radicalmente de los libros. Por eso las revistas recogen las tendencias y evoluciones de la disciplina a lo largo de su existencia.

Como publicación, el *Anuario* no solo está enmarcado en un lugar concreto de producción, su sociedad, sino que responde a las instituciones que lo patrocinan y editan, y por esa vía, a las sucesivas comunidades académicas que lo alimentan. En palabras de Michel de Certeau, una revista de historia está localizada, reproduce unas prácticas o *habitus* disciplinares y encarna una escritura o una propuesta historiográfica.¹ En algunos casos, las revistas generan un verdadero movimiento historiográfico, como parece haber sucedido con *Annales* en Francia, pero también con *Past & Present*, *Hispanic American Historical Review*, *Historia Social* y otras muy conocidas en nuestro medio. Creo que algo de esto ocurre en el caso del *Anuario*, aunque en proporciones más modestas, ajustadas a nuestro contexto social y académico. Veamos brevemente estas dimensiones de las revistas para adentrarnos en el posible aporte historiográfico de la que hoy nos ocupa.

Los seres humanos, en nuestro afán de controlar la naturaleza, pretendemos someterla a nuestros ritmos, y en ocasiones le damos rasgos humanos como, por ejemplo, pensar que ella tiene un ciclo vital, al igual que nosotros. Algo de eso ocurre con objetos como las revistas, especialmente las académicas. Cuando decimos que una revista como el *Anuario* cumple 50 años, pensamos que está vieja o al menos ha entrado en la “tercera edad”. Pero resulta que la vida de las revistas es distinta de la de los seres humanos, incluso de quienes las crean y alimentan. Una publicación de este carácter puede ser joven a los 50 años, como creo que ocurre con la nuestra. De he-

1. Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1993).

cho, hasta ahora comienza a definirse en su forma y contenido, acercándose realmente a la madurez. Piénsese que solo desde 1994 comenzó a publicarse anualmente, antes hubo casos de números dobles e incluso saltos de tres o cuatro años sin editarse. Y solamente desde 2009 tiene dos números por año, uno de dossier y otro de tema libre. En 50 años, ha contado con doce directores, cada uno de los cuales ha durado máximo siete años en el cargo, aunque algunos hemos repetido.²

Y en cuanto a la forma, en sus orígenes el *Anuario* mantuvo sus rasgos adustos y escuetos, casi hasta el número 12, y luego fue cambiando de diseño y color según el talante del director. El actual formato solo data de mediados del decenio pasado. Claro que las revistas académicas cambian según los signos de los tiempos en la sociedad que las produce y la disciplina en la que se inscriben. Deben hacerlo porque, de lo contrario, perecen. Pero una cosa es cambiar cuando se ha logrado construir una identidad definida y otra estar como adolescentes, oscilando en camino de lograrla. Por eso consideramos joven a nuestra revista: está saliendo de la adolescencia y se acerca a su madurez. Y como joven que es, tiene todavía grandes ímpetus y mucha vida por delante. Ahora bien, en su larga o corta trayectoria —depende del punto de vista— el *Anuario* ha visto surgir otras revistas universitarias de historia en el país —aunque algunas han perecido en el intento—, lo que de entrada nos hace celebrar que haya llegado a sus 50 primeros años. Esto, de por sí, es un hito en un país como Colombia.

Pero lo sorprendente del *Anuario* no es solo la paradoja de su juventud a pesar de sus 50 años, sino el significado que ha tenido para muchos historiadores colombianos y no pocos extranjeros. En efecto, la revista es un hito historiográfico nacional, como casi consensualmente lo dicen los analistas del tema, y asimismo es uno de los símbolos de la disciplina, tanto que se ha convertido en un objeto de admiración e incluso de veneración

[31]

2. Los directores de la revista con sus respectivos años y números al frente de ella son: Jaime Jaramillo Uribe (fundador): números 1-5 (1963-1970); Hermes Tovar: números 6-7 (1971-1972); Jesús Antonio Bejarano: número 8 (1976); Margarita González: número 9 (1979); Bernardo Tovar: números 10-15 (1980-1987); Carlos Miguel Ortiz: números 16-17 (1988-1989); Oscar Rodríguez: números 18-19 (1990-1991); Mauricio Archila Neira: números 20-21 (1992-1993); Pablo Rodríguez: números 22-24 (1995-1997); Diana Obregón: números 25-26 (1998-1999); Medófilo Medina: números 27-28 (2000-2001); Pablo Rodríguez: números 29-31 (2002-2004); Mario Aguilera: números 32-34 (2005-2007), y Mauricio Archila Neira: volúmenes 35-40 (2008-2013).

en el gremio de los historiadores. Muchos conocimos al *Anuario* en ediciones fotocopiadas, pues los primeros números se agotaron pronto y hoy son perseguidos por los coleccionistas.

[32]

Pero la veneración por el *Anuario* no se limita a tener completa la colección. Tal vez es más marcada si de publicar artículos se trata. Todavía recuerdo la emoción cuando Bernardo Tovar, director de la revista en 1984, me informó que en el número 12 saldría un texto mío, fruto de mis primeros avances de la tesis del doctorado. En estos días, al comentar el tema con una conocida investigadora extranjera, ella me manifestó que siempre había tenido la ilusión de publicar en el *Anuario*, y efectivamente lo hizo recientemente. Me pedía más ejemplares de los que solemos dar a los autores con el fin de difundirlos entre sus colegas. Y esto ocurre también entre nuestros estudiantes, a quienes tenemos que frenar hasta cuando les aprueben con méritos su monografía de grado y presenten un capítulo reelaborado o avances cualificados de sus tesis de posgrado. Pero también no pocos colegas consagrados en el oficio, nacionales y extranjeros, mantienen inquietud por correo sobre la suerte de su texto sometido a evaluación, e incluso algunos se asoman a nuestra oficina con mirada ansiosa para indagar por él.

En cuanto al efecto que ha tenido el *Anuario* como escritura colectiva, debe decirse que además de ser crucial en la configuración y consolidación del campo disciplinar de la historia y del oficio del historiador en Colombia, ha sido una de las puertas de entrada al oficio. No lo digo yo: muchos analistas que han reflexionado sobre la historia de la disciplina en el país la caracterizan como un “hito historiográfico”,³ según Renán Silva, o en el decir de Germán Colmenares, es “la (revista) más importante, por su influencia académica nacional e internacional”.⁴ Examinemos con más cuidado el pretendido aporte historiográfico de la revista. Antes de hacerlo, conviene puntualizar algunas categorías y conceptos que utilizaremos en este artículo.

Hablamos de “campo disciplinar” en el sentido de Pierre Bourdieu, para denotar un espacio académico autónomo con conocimientos y *habitus* propios, que están sometidos a conflictos, pero también a procesos de co-

-
3. Renán Silva, “El *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*: un acontecimiento historiográfico”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 30 (2003): 11.
 4. Germán Colmenares, “Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia”, *Ensayos sobre historiografía* (Bogotá: Banco de la República / Universidad del Valle / Colciencias / Tercer Mundo Editores, 1997) 140.

laboración.⁵ La consolidación de una disciplina como la historia implica su institucionalización, tanto en el plano epistemológico —teorías, conceptos y métodos— como en el académico-administrativo. Y en este último figuran los espacios físicos de aulas y bibliotecas, los programas curriculares, la investigación, las asociaciones y reconocimientos gremiales, y obviamente las revistas.⁶ En la historia colombiana y en general en la global, un paso clave para la consolidación de la disciplina de la historia fue la profesionalización del oficio que dejó atrás al tradicional historiador que dedicaba los tiempos libres que le dejaba su profesión —por lo común, abogado, político, militar o religioso—, para incursionar en el pasado sin mayor rigor teórico o metodológico. Pero también era necesaria la formación de investigadores de tiempo completo y no solo de docentes.

[33]

Pues bien, en todo esto jugó un papel clave el *Anuario* y el entorno institucional en el que surgió. Me refiero a la Universidad Nacional de Colombia, principal centro docente del país, de carácter público, que a mediados de los años sesenta estaba en proceso de reconfiguración institucional, lo que ayudó al surgimiento de las ciencias sociales en el país. En ese contexto, aparecen nichos académicos que en 1966 serán designados como departamentos con programas curriculares de pregrado cada vez más especializados.⁷ Ese fue el caso de historia, en la sede de Bogotá, bajo la dirección de Jaime Jaramillo Uribe, un egresado de la Escuela Normal Superior con estudios de posgrado en Alemania y Francia, quien estuvo vinculado a nuestra universidad desde los años cincuenta. Un paso importante en el propósito de consolidar la disciplina, como él mismo lo confiesa, fue la creación del *Anuario*.⁸ Es la primera revista histórica surgida en el mundo universitario y la segunda en el país después del *Boletín de Historia*

-
5. Pierre Bourdieu, *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad* (Barcelona: Anagrama, 2003).
 6. Jaime Eduardo Jaramillo, “Consideraciones finales”, *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*, eds. Mauricio Archila Neira, François Correa, Ovidio Delgado y Jaime Eduardo Jaramillo (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006) 442-445.
 7. Desarrollo de este tema en Mauricio Archila Neira, “La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá”, *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*, eds. Mauricio Archila Neira, François Correa, Ovidio Delgado y Jaime Eduardo Jaramillo (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006) 175-205.
 8. Jaime Jaramillo Uribe, *Memorias intelectuales* (Bogotá: Taurus / Uniandes, 2007) 180-193.

y *Antigüedades*, de la Academia Colombiana de Historia. La posterior aparición de otras publicaciones disciplinares va a ser también un estímulo para nuestra publicación.

[34]

En todo caso, el *Anuario* va a encarnar una nueva corriente historiográfica opuesta a la tradicional de las academias de historia, imbuidas de patriotismo y empirismo, a cuyos integrantes se les llamó “caballeros andantes del patriotismo”.⁹ En el mundo universitario se educaba por primera vez un profesional de la historia en todo el sentido de la palabra. No se trataba únicamente de alguien que manejaba teorías y métodos, sin descuidar el rigor empírico de consulta a las fuentes, sino que obtenía sus recursos principalmente de esa actividad. Publicitariamente, esta corriente historiográfica en nuestro medio se llamará “Nueva Historia”, pero nosotros preferimos designarla como “historia crítica universitaria”. El nuevo enfoque que afloraba en las universidades fue influido desigualmente por tres “escuelas” internacionales: la francesa de la revista *Annales*; la norteamericana, designada como *New Economic History* —que integraba la cliometría y las teorías de la modernización—, y el marxismo, en su versión más occidental que propiamente soviética. En cualquier caso, según dijo el mismo Jaime Jaramillo Uribe en un balance del significado de la revista que fundó, “el *Anuario* expresa mejor que cualquier otro medio los logros y aspiraciones de la nueva corriente historiográfica”.¹⁰

Por último, aunque reconocemos el aporte de las revistas a la consolidación de los campos disciplinares, como es el caso del *Anuario* con la historia colombiana, no se puede olvidar que ellas generan criterios de selección y de admisión a un oficio. Es decir, marcan territorios y ponen límites; incluyen, pero también excluyen. El sistema de aceptar o rechazar contribuciones es

-
9. Hans-Joachim König, “Los ‘Caballeros andantes del patriotismo’. La actitud de la Academia Nacional de Historia Colombiana frente a los procesos de cambio social”, *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*, comp. Michael Riekenberg (Buenos Aires: Alianza, 1991) 140. En realidad, la expresión es original de un académico, el padre Lee, en los años cincuenta, pero el historiador alemán es quien la divulga por medio del artículo citado.
 10. Jaime Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia* (Bogotá: Uniandes, 1994) 165. Alexander Betancourt, por su parte, dice que la revista fue el primer núcleo de difusión de las corrientes socioeconómicas críticas de la academia y de los trabajos revisionistas dentro de ella. Alexander Betancourt, *Historia y nación: tentativas de la escritura de la historia en Colombia* (Medellín: La Carreta Editores, 2007) 176.

el mecanismo que regula esos límites del campo disciplinar. Y aquí vuelve a tener vigencia la metáfora de una revista como la puerta de entrada al oficio: tanto permite entrar como impide hacerlo. Y ese es el claroscuro de toda revista académica, como ocurre con los procesos de institucionalización y los *habitus* disciplinarios, que excluyen e incluyen. Por eso, habrá quienes tienen inconformidad con una revista hasta rechazarla y quienes la alaban hasta venerarla.

Para entender el aporte del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* a la consolidación del campo disciplinar en Colombia, veamos primero los indicadores de su producción, y luego pasemos a analizar algunos de los debates historiográficos que ha propiciado, para los cuales las revistas son excelentes vehículos, en el decir de Abel López.¹¹

[35]

Indicadores y tendencias de la publicación

En cuanto a la periodicidad, podemos decir que la revista tuvo un comienzo bastante inestable y que por momentos hubo el riesgo de que desapareciera (figura 1). Los tres primeros números salieron anualmente sin interrupción, pero hubo un preocupante salto para el cuarto, entre 1965 y 1969. Luego, se vuelve a estabilizar para producirse otro vacío de cuatro años entre 1972 y 1976, que es seguido por dos saltos de tres años cada uno. A partir del número 10, parece estabilizarse. Después de números dobles y un bache en 1994, ya comienza a publicarse con periodicidad anual y a partir de 2009 salen dos números anuales. Desde el número 20 inicia una búsqueda de imagen que, sin romper con la herencia, diera un rostro más atractivo a la revista. Luego de muchos intentos, casi iguales en número a los directores de la revista en esos años, a partir del número 29 (2002) se logra consolidar la presentación que actualmente tenemos. Ya decíamos que era una revista joven que estaba en la búsqueda de identidad, aun en su apariencia física.

En cuanto a las secciones que componían al *Anuario* a lo largo de su historia, destacamos que hasta el número 15 tenía tres: a) artículos de investigación sobre fuentes primarias, generalmente sobre Colombia colonial, aunque este énfasis va a ir cambiando con el tiempo hacia periodos posteriores; b) documentos históricos con alguna nota introductoria por parte del transcriptor, y c) información bibliográfica que luego derivará en una sección de reseñas de libros históricos nacionales y extranjeros. A veces aparecía algo sobre archivos bajo el título de “Varia”, en la que también se publicaba

11. Abel Ignacio López, *Europa. Temas, debates y libros* (Bogotá: Estudio Gráfico, 2013) 9.

[36]

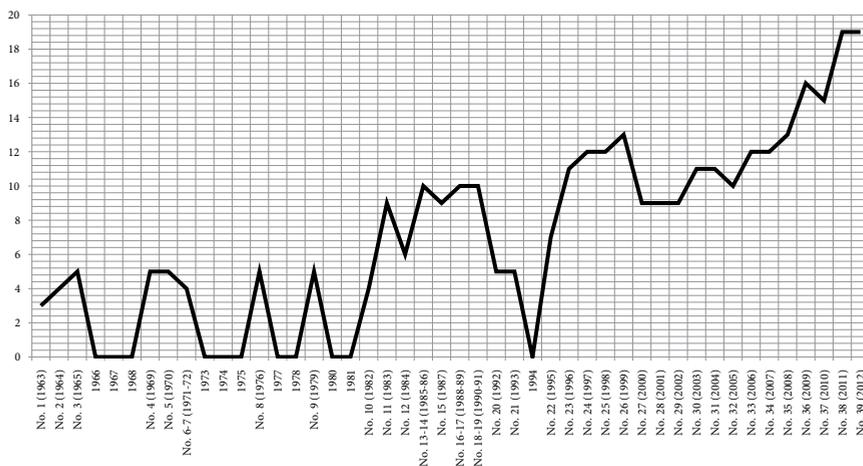


FIGURA 1.

Número de artículos publicados por año (1963-2012). Elaboración propia a partir de los números publicados del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Desde 2009 (número 36) se publican dos volúmenes al año, uno por semestre. En un archivo Excel de soporte están discriminados el número de artículos de cada volumen.

información institucional del Departamento de Historia. En el número 15 se incluyó por primera vez un índice comentado, elaborado por el entonces profesor del Departamento, Humberto Corredor, tempranamente fallecido.

A partir del número doble 16-17, se hace más evidente el afán de innovar. Así aparece por primera vez una sección explícita de “Debates”, en ese caso concentrada en la polémica entre Charles Bergquist y Orlando Fals Borda en torno al oficio del historiador, que analizaremos más adelante. En el número 21 (1993), se publicó la segunda entrega del índice comentado de la revista, elaborado por el estudiante Álvaro Cadavid. En el número 24 (1997) sale por primera vez un artículo en inglés y además surge la sección de “América Latina”. En el número 28 se inauguró una sección de contribuciones estudiantiles que no sobrevivió al siguiente número. Al fin y al cabo, los estudiantes ya contaban con su revista, *Goliardos*. En el número 30 (2003), con motivo de los 40 años, se publicaron dos textos sobre la revista: uno breve de memorias de Jaime Jaramillo Uribe y un análisis de Renán Silva sobre las primeras entregas del *Anuario*. También se incluyó un nuevo índice de la revista, pero sin comentarios o resúmenes de los textos incluidos.

Para esa época, los comienzos de este siglo, las exigencias de la indexación de Colciencias se comienzan a sentir, y así se inicia la publicación de los resúmenes de los artículos en español y en inglés con el número 29. A

partir de 2013, aparecerán resúmenes también en portugués. Ya desde el número 21 (1993) se hicieron públicas las normas editoriales a los autores. Pero también hay efectos negativos de las políticas de indexación. Con la discutible idea de Colciencias de conformar amplias comunidades científicas que trasciendan la propia de la institución, se desestimuló la publicación de profesores del Departamento en nuestra revista, pero en cambio se ve la creciente participación de estudiantes de posgrado —primero de la Maestría en Historia, desde los años ochenta, y luego del Doctorado en Historia, desde mediados de los años noventa— y aun de recién egresados de la carrera, reinaugurada a comienzos de la década del noventa.

[37]

Mientras tanto, la existencia de Internet y la difusión digital de documentación hasta ese momento enclaustrada en los archivos hizo innecesaria la aparición de la sección “Documentos”, cuya última aparición se dio en el número 33 (2006). La mayor presión para ascender en la indexación nos llevó a publicar dos números anuales desde 2009, uno de tema libre sobre las tres secciones que se consolidan: historia de Colombia, de América Latina, y debates teóricos e historiográficos; el otro número es un dossier en torno a un tema central en la sociedad o en la academia. Hasta el momento, hemos tenido tres, dos de ellos con tanta aceptación que hemos tenido que publicar dos números sobre cada tema. Nos referimos a los dossieres sobre el bicentenario de la Independencia y sobre el tema de justicia, derecho y penalidad. Además, tuvimos uno en torno al impacto de la Guerra Civil Española en América Latina. Vale la pena señalar que en ese número, por primera vez fueron más los artículos sobre América Latina que sobre Colombia, que consolidaron la dimensión internacional que desde el principio tuvo el *Anuario*. También hay que decir que en lo que va de este siglo aumentan las contribuciones internacionales, especialmente desde Argentina y México, no solo por esa apertura internacionalista, sino porque ascendimos en categoría en Publíndex de Colciencias —de C pasamos a B en 2010 y al año siguiente a A2— y eso llama la atención de autores en busca de reconocimiento o de aumento en el factor salarial.

En este punto, es bueno hablar sobre quiénes escriben en el *Anuario*. En cuanto a nacionalidad, sobresalen abrumadoramente, por obvias razones, los colombianos. Pero, a medida que entra el siglo XXI, aumentan los extranjeros, en especial los latinoamericanos. La mayoría de los que publican en nuestra revista son historiadores profesionales, pero siempre el *Anuario* ha contado con contribuciones de profesionales de otras disciplinas, y desde 1987 aparecen crecientemente artículos de estudiantes de nuestros posgrados.

[38]

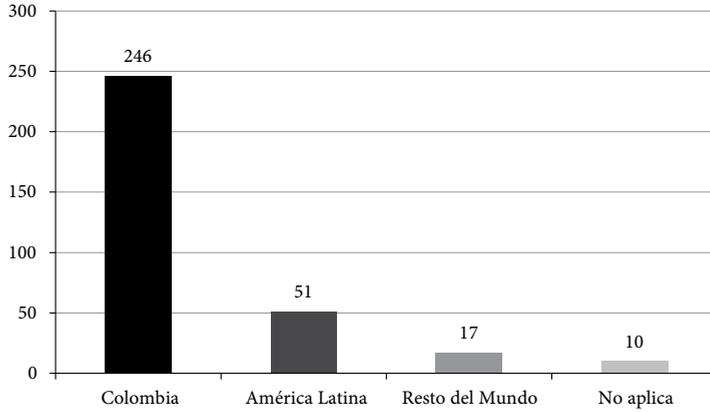


FIGURA 2.
Número de artículos por áreas geográficas (1963-2012). Elaboración propia a partir de los números publicados del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.

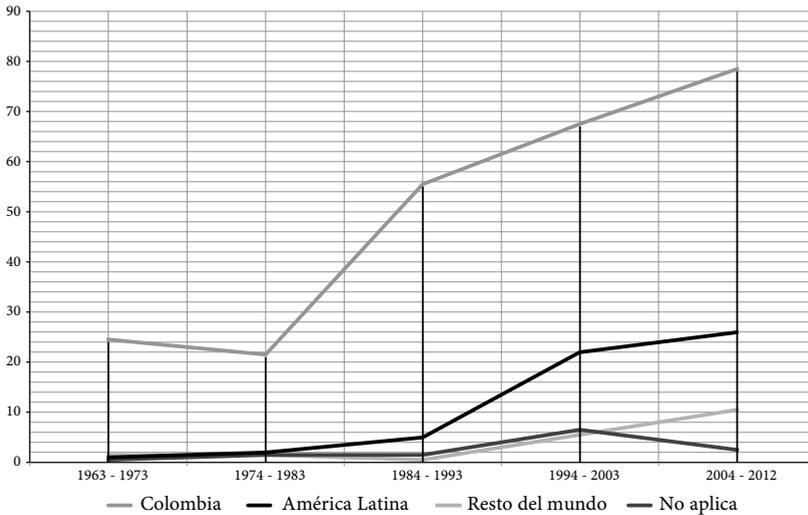


FIGURA 3.
Artículos por décadas sobre áreas geográficas (1963-2012). Elaboración propia a partir de los números publicados del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.

Ahora observemos algunos indicadores estadísticos sobre los temas, periodos y espacios de la producción del *Anuario* en sus 50 años de existencia. Hasta 2012, tenemos 39 volúmenes y 40 ejemplares.¹² Para este recuento estadístico incluimos 324 artículos de investigación histórica o reflexión historiográfica.¹³

Por áreas geográficas, el territorio correspondiente a la actual Colombia —que incluía a Panamá hasta 1903— va a ser el espacio de investigación privilegiado, no en vano se trata de una revista colombiana de Historia (figura 2). El 73% de los artículos se concentran en ella. América Latina comienza a figurar como objeto de reflexión e investigación en 1979 y se generaliza en los años noventa, hasta contar hoy con el 16% de los textos publicados (figura 3). Este cambio ocurre precisamente cuando nuestro Departamento abrió el Doctorado en Historia, con énfasis en la comparación histórica, que por lo común se hace sobre nuestros vecinos. Los textos sobre otros países fuera de la región latinoamericana, que representan un 5% de los artículos, fueron producidos desde mediados de los años noventa. Claro que algunos de ellos son reflexiones teóricas o historiográficas más que investigaciones sobre fuentes primarias. Y definitivamente hubo 10 textos en los que no había referencia alguna a un espacio específico. Lo anterior indica una tendencia clara a romper con el provincialismo que caracteriza nuestras ciencias sociales.¹⁴

En cuanto a los grandes periodos estudiados en el *Anuario*, encontramos dos artículos sobre temas precolombinos, 83 sobre Conquista y Colonia o estrictamente los siglos XVI al XVIII, 96 sobre el siglo XIX y 113 sobre el XX, aunque dos de ellos son sobre el XXI. Hay 30 a los que no les pudimos aplicar una temporalidad específica por tratarse de textos teóricos o historiográficos

[39]

-
12. Los volúmenes dobles se compensan con los dos números anuales que estamos sacando desde 2009. El análisis estadístico que realizamos excluye los números de 2013, pues se hizo antes de que se publicaran.
 13. Es decir, excluimos las secciones de documentos, de reseñas y la de varia o de información institucional. Y obviamente no contamos las presentaciones de cada número que se publican desde mediados del decenio pasado. El índice comentado del *Anuario*, elaborado para sus 50 años, fue la fuente de la información que ofrecemos en esta parte y en las figuras 1 a la 7.
 14. Como lo señala Renán Silva en el balance de los primeros años de la revista, esta intentó tener una proyección nacional e internacional desde sus orígenes. Por ello, incluyó ensayos de autores de otras universidades del país y del extranjero, especialmente norteamericanos. Incluso se propuso un canje con revistas similares que naufragó a los pocos números. Silva 40-41.

[40]

que cubren varios periodos (figura 4). Pero lo más significativo es observar cómo el *Anuario* va cambiando de énfasis temporal a medida que pasa el tiempo: de privilegiar inicialmente el periodo colonial, pasa en los dos decenios siguientes a ponderar más el siglo XIX, y desde los años noventa, la contemporaneidad es el foco de mayor investigación y análisis históricos (figura 5). Los primeros artículos sobre siglo XX salen a principios de los años ochenta, y desde 1984 serán la mayoría. Esto significa varias cosas: sin duda se refleja la evolución historiográfica nacional —y tal vez latinoamericana— que en los años sesenta quiso superar la vieja historia política patriótica para remontarse críticamente al pasado colonial. Cuando esa ruptura se consolida, se vuelve al siglo XIX, pero más desde la historia económica, social y cultural. Y la particularidad colombiana marca los énfasis temporales recientes, pues el fenómeno de la recurrente violencia hace volver los ojos más detenidamente al siglo XX. Pero también cuenta el número de profesores del Departamento dedicados a la historia contemporánea, que eran el principal grupo que alimentaba el *Anuario* hasta comienzos de este siglo, aunque en los últimos años este énfasis temporal se ha desdibujado en nuestra unidad académica.

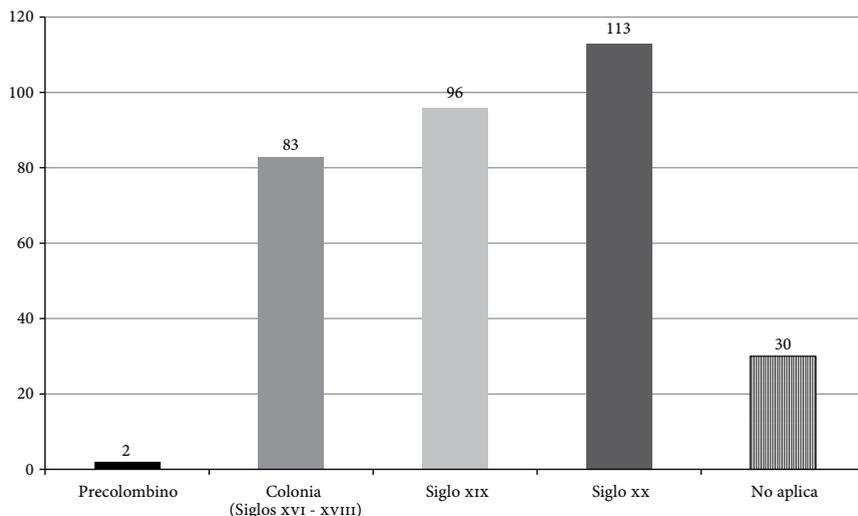
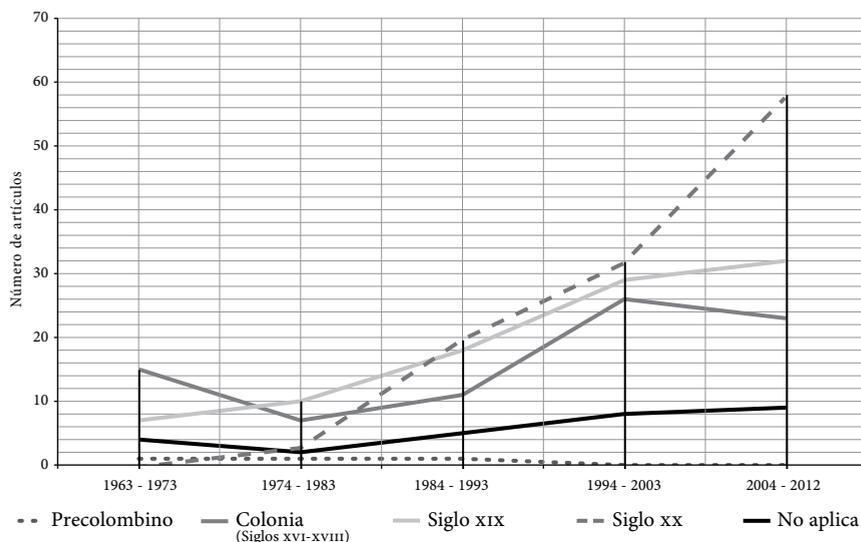


FIGURA 4.

Número de artículos por periodos históricos (1963-2012). Elaboración propia a partir de los números publicados del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.



[41]

FIGURA 5.

Artículos por décadas sobre los periodos (1963-2012) Fuente: Elaboración propia a partir de los números publicados del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.

En relación con los temas o áreas historiográficas, la arbitrariedad en la clasificación que hacemos es más notoria que en los otros ítems aquí analizados, pues son discutibles las fronteras entre, por ejemplo, historia social, cultural y del arte. En todo caso, agrupamos los 324 textos estudiados en nueve categorías (figura 6). Según el tema individual, llama la atención que la historia política tenga el 24% de los registros, aun cuando es un tema reciente, de los noventa hacia acá. Esto tal vez se debe a que incluimos las investigaciones sobre la violencia, Estado y movimientos políticos. No se trata de la vieja historia patria centrada en la gesta de emancipación y en la exaltación de los héroes,¹⁵ aunque curiosamente se vuelve a reflexionar sobre la Independencia, especialmente con el bicentenario. Individualmente, sigue la historia social, que sí estaba desde temprano en la revista, con el 21%. En un principio, se trataba de temas demográficos o relacionados con

15. Medófilo Medina “La historiografía política del siglo xx en Colombia”, *La historia al final del milenio*, vol. 2, comp. Bernardo Tovar (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994) 433-483.

el mestizaje, instituciones como la encomienda, la mita y la esclavitud, y algunos movimientos sociales como los artesanos de mediados del XIX. Con el tiempo, lo social se va concentrando en dos ejes: familia y género, y movimientos sociales contemporáneos, pero ya no los clásicos de obreros y campesinos, sino los de nuevos actores subalternos. Todo ello refleja que el *Anuario* acoge con provecho tendencias globales en la historiografía.¹⁶

[42]

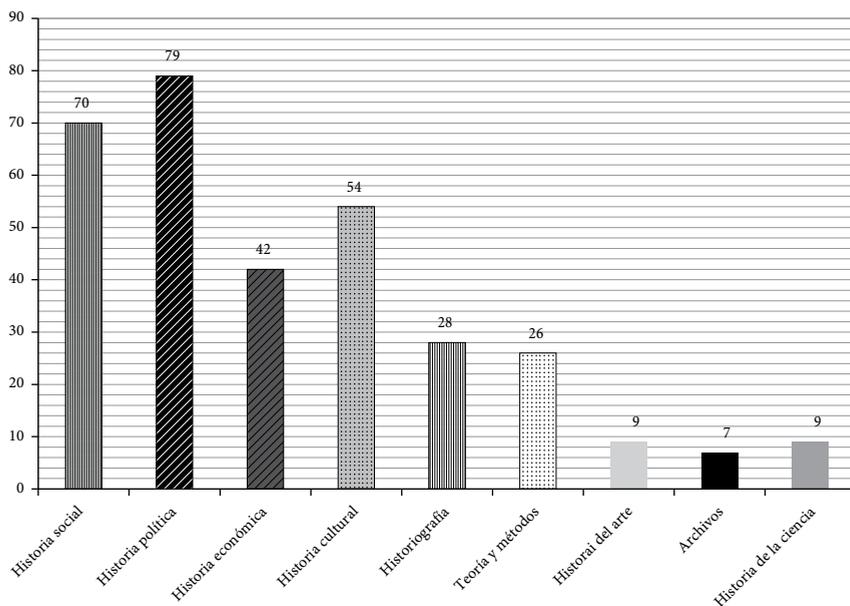


FIGURA 6.

Número de artículos por áreas temáticas (1963-2012). Elaboración propia a partir de los números publicados del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.

Luego viene la historia cultural, con el 17% de los registros, a los que podemos sumar el 3% sobre las artes, pues originalmente la “cultura” era vista en un sentido más clásico por su fundador.¹⁷ Este último rubro baja hasta

16. Descritas por Eric Hobsbawm, *Sobre la historia* (Barcelona: Crítica, 1999).

17. En los primeros números se hizo evidente la tensión entre la historia cultural como la miraba Jaime Jaramillo y la socioeconómica impulsada por sus discípulos, más próxima al marxismo que no era de las simpatías de él así lo hubiera conocido en sus años jóvenes. Bernardo Tovar, “El pasado como oficio, trayectoria intelectual del historiador Jaime Jaramillo Uribe”, *Nómadas* 4 (1996): 146. Alexander Betancourt dice que Jaramillo en los años sesenta no militaba

casi desaparecer, pues los profesores dedicados a la historia del arte fueron trasladados a la facultad respectiva a mediados de los años ochenta (figura 7). La cultura se irá desprendiendo cada vez más del arte y la arquitectura para incursionar en temas cotidianos como vivienda, costumbres, alimentos, acercándose al giro cultural. Se percibe la influencia creciente de Michel Foucault, aunque también de los historiadores culturales, dentro de los que se incluyen a Edward Palmer Thompson y a los de la Escuela de los Annales en su tercera generación. Lo anterior relativiza el peso de la historia política, pues la sociocultural, más la dedicada a las artes, da un total de 41% de los textos. No en vano se trata de una revista de historia social y de la cultura.

[43]

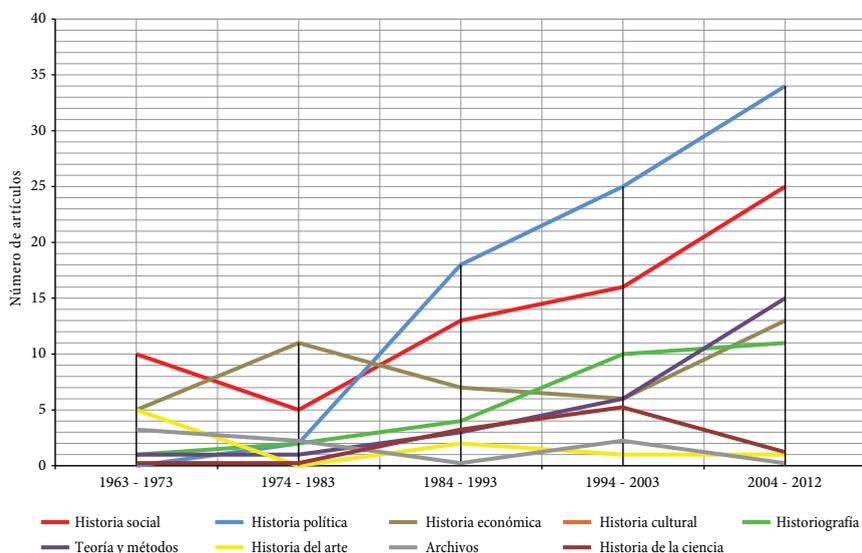


FIGURA 7.

Producción por décadas sobre áreas temáticas (1963-2012). Elaboración propia a partir de los números publicados del Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura.

Sigue la historia económica, con un 13% de lo publicado, y constituye una dimensión constante en la revista, que excluyó esta apelación porque estaba implícita en lo social, a juicio de Jaime Jaramillo Uribe.¹⁸ Aquí se nota un

en el marxismo lo que se expresaba “en la ausencia de (sic) sus trabajos de temas como los modos de producción, su poco economicismo y la permanente preocupación con las cuestiones superestructurales”. Betancourt 174.

18. Jaramillo Uribe, *Memorias intelectuales* 192.

menor peso de nuevas tendencias historiográficas asociadas al posmodernismo, y más bien un continuo recurso a la cliometría, pero en su mayoría son textos más analíticos que cuantitativos. La historia de las ciencias es un tema reciente y, aunque muestra un registro bajo (nueve artículos), es cierto que algunos de los textos agrupados como historiografía la tienen como eje de reflexión.

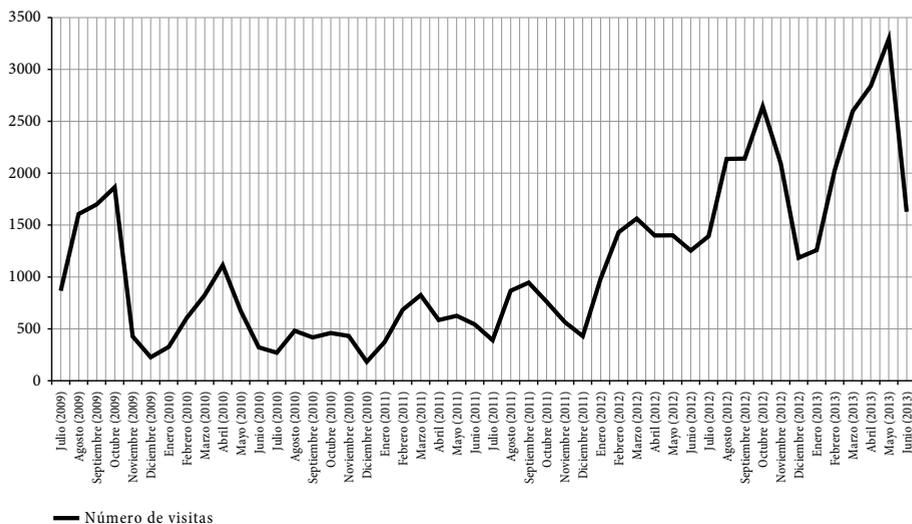
[44]

Las otras áreas temáticas que cubre el *Anuario* son: historiografía como tal, con 9% de los textos; y teoría y métodos, con 8%, a las que se une el tema de archivos con 2%. No olvidemos que una de las prioridades en el inicio de la revista fue el rigor empírico y de ahí la importancia de publicar documentos, además de exigir que los artículos fueran originales y sobre fuentes primarias. Las nuevas fuentes —orales, literarias y de tipo visual— comienzan a ser usadas a fines de los años ochenta. La exploración de archivos locales, notariales, de empresas y organizaciones sociales, y aun de los llamados “archivos de baúl” se articulan con nuevas inquietudes teóricas e historiográficas. Al agrupar en una gran área historiografía, teoría y métodos, da una cifra nada despreciable del 19%, lo cual es un indicio de la importante mutación temática en la revista hacia una producción más reflexiva de la disciplina y del oficio.¹⁹

En cuanto a la visibilidad del *Anuario*, se cuenta con estadísticas de visitas al Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Colombia desde 2009, que muestran una tendencia al aumento paulatino, aunque hubo un momento inicial de fuerte visibilidad (figura 8). Los picos tienden a coincidir con el momento en que sale la revista semestralmente. Los artículos más consultados son los publicados en lo que va de este siglo, seguramente por ser los primeros que se pusieron en red.²⁰ De los diez más visitados, seis son sobre el siglo xx, tres sobre el xix y uno sobre teoría y métodos. Por tema, el más visitado es la historia política, seguida de la historia social. En la actualidad, es la primera revista en número de visitas de la Facultad de Ciencias Humanas de la sede de Bogotá, desbancando a la revista de Filosofía *Ideas y Valores*, fundada en los años cincuenta.

19. Las reseñas y notas bibliográficas dan cuenta igualmente de esa apertura temática, pero como mencioné anteriormente, no las consideramos cuantitativamente en este artículo. Baste revisar sobre todo las de los últimos años para constatar nuestra afirmación.

20. Esta información, así como la de la figura 8, la obtuvimos de los reportes sobre visitas al mencionado portal. No nos fue posible conseguir estadísticas sobre descargas, que es un indicador más firme de consulta de una revista.



[45]

FIGURA 8.

Reporte de estadísticas de visitas por meses al Portal de Revistas de la Universidad Nacional (2009-II a 2013-I). Elaboración propia a partir de los números publicados del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.

Es hora de pasar de las escuetas estadísticas que sugieren algunas tendencias en la producción histórica a estudiar los contenidos del *Anuario*. Como es imposible en este artículo analizar 324 textos en detalle, nos centraremos en lo que condensa más los jalones historiográficos: los debates que la revista ha promovido y albergado en sus 50 años de existencia, al menos los más prominentes. Ellos también dan cuenta de los distintos contextos sociales en los que se produce la revista y las cambiantes generaciones que la alimentan. Y de paso, matizan el extendido juicio de que en Colombia no hay mayor controversia en el seno de la disciplina.²¹

Algunos debates teóricos e historiográficos

Desde sus inicios, el *Anuario* tenía un interés renovador de la producción histórica en Colombia, por lo que centró su interés en el periodo colonial desde un enfoque sociocultural y económico, y esgrimió un tono polémico con la historiografía del momento en el país y en el plano mundial. De hecho, los artículos que Jaime Jaramillo Uribe publicó en los primeros números se orientaron a temas nuevos en los estudios históricos colombianos, tales

21. Betancourt 249.

[46]

como la catástrofe demográfica indígena en la Conquista, la esclavitud, el mestizaje en la tardía colonia, el origen de las ideas antiesclavistas y las luchas de los artesanos a mediados del siglo XIX. En su abordaje marcó diferencias con la historiografía tradicional y con las nuevas corrientes de pensamiento que estaban llegando al mundo universitario. En realidad, mirando más en detalle, sus baterías se enfocaron más contra los segundos que contra la primera. De esta forma, polemizó sobre las fuentes de la demografía histórica en el momento en que se estaba hablando de una “catástrofe demográfica” indígena por la invasión europea, e insistió en que no bastaba utilizar a los cronistas, sino sugería mirar también los censos de tributarios que, a su juicio, son más reales y permiten ver la evolución de la población.²² Dos números más adelante, en claro distanciamiento con el determinismo económico del marxismo ortodoxo, decía que el proceso abolicionista colombiano del siglo XIX fue más un problema filosófico que un resultado del desarrollo capitalista de la época.²³ Y en el número 8 (1976), el último en el que Jaramillo Uribe escribe un artículo resultado de investigación, realiza una pionera incursión en las organizaciones de artesanos de mediados del siglo XIX y en una frase corta, casi un pie de página, indica que lo vivido en la Nueva Granada en esa época fue influido por las tendencias utópicas y románticas de la Revolución de 1848 en Francia.²⁴ Ponía así sobre el tapete un tema de futura polémica en torno al origen de nuestras ideas revolucionarias y el papel de las influencias externas en ellas.²⁵

Pero no fue este el tema que provocó inmediata reacción de otros historiadores, incluidos sus discípulos. Ellos ya estaban distanciados de su maestro en el contexto universitario colombiano de radicalización política durante los años sesenta, momento de mayor peso del marxismo en las

22. Jaime Jaramillo Uribe, “La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 2 (1964): 239-293.

23. Jaime Jaramillo Uribe, “La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica-social de la esclavitud en el siglo XIX”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 4 (1969): 63-86.

24. Jaime Jaramillo Uribe, “Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 8 (1976): 9.

25. Debate que a finales de los sesenta había planteado Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales* (Bogotá: Uniandes, 1968).

aulas de clase, algo que no compartía Jaramillo Uribe.²⁶ Nos referimos a la polémica en torno a las cifras demográficas a la llegada de los conquistadores que se dio en el número 5 (1970). Hermes Tovar, graduado de la carrera de Historia y en ese entonces profesor del Departamento de Historia, criticó a su maestro, al que le reconoció haber abierto el debate, pero quien se quedó corto al avalar cifras que escondían la verdadera “catástrofe demográfica” indígena. Tovar enfiló baterías incluso contra Juan Friede y algunos de sus condiscípulos, como Darío Fajardo y Germán Colmenares, quienes “no han escapado a la ligereza, la timidez y el descuido en sus conclusiones”.²⁷ Para Tovar, esa ligereza se debía a razones ideológicas y por la debilidad de las fuentes. En cuanto a lo ideológico, el polemista denunció, dentro del espíritu insurgente de la época, que el colonialismo español no solo buscó dominar a los indígenas, sino suprimirlos de la historia. Y en cuanto a las fuentes, llamó a ampliarlas incluyendo archivos parroquiales, fuentes fiscales y eclesíásticas. Seguramente esta diatriba de Hermes Tovar levantó más de una ampolla, pero no fue replicada explícitamente en el *Anuario*.

[47]

Un debate que sí se dio abiertamente en la revista ocurrió casi dos decenios después, en un contexto diferente, lo que no quiere decir que el espíritu polémico de las contribuciones en esos veinte años hubiera disminuido. Nos referimos al fuerte choque entre el historiador norteamericano Charles Bergquist y el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda, en torno a la obra de este último, *Historia doble de la Costa*. En el fondo, se trató de un debate sobre el oficio del historiador. No fue algo aislado de los contextos nacional e internacional, pues se vivían tiempos globales de la caída del socialismo y de cuestionamientos al marxismo, mientras en nuestro medio, la guerra interna se recrudecía por el narcotráfico. En el campo disciplinar colombiano habían aparecido las primeras maestrías y surgían revistas de historia en los principales centros de enseñanza superior. Pero llamamos la atención sobre la llamada “batalla de los manuales de historia”, que se libró

26. Jorge Orlando Melo reconoce que la obra de Jaramillo, *El pensamiento colombiano*, fue recibida con distancia en la Academia e incluso dentro de sus mismos discípulos, quienes “se interesaban en una historia más comprometida con la visión política”. Jorge Orlando Melo “Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial”, *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, eds. Francisco Leal y Germán Rey (Bogotá: Uniandes / Fundación Social / Tercer Mundo Editores, 2000) 159.

27. Hermes Tovar, “Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 5 (1970): 66.

en la gran prensa, por la publicación de obras dirigidas al amplio público y especialmente de unos textos para la educación primaria y secundaria que no solamente estaban bellamente ilustrados, sino que contenían un mensaje crítico sobre nuestro pasado.²⁸ Todo ello ponía en discusión el papel de los historiadores en la construcción de la memoria nacional.

[48]

Pues bien, en el número doble 16-17, correspondiente a 1988-1989, apareció por primera vez la sección “Debates”, con las respectivas contribuciones de Bergquist y Fals. El encuentro entre dos figuras de las ciencias sociales del ámbito colombiano y continental ocurrió en el V Congreso de Colombianistas, al que fue invitado el historiador norteamericano a comentar la obra de Fals, quien en cuatro volúmenes daba cuenta de la historia de la costa Atlántica y, además, proponía una nueva metodología de investigación y narración que incorporara a los de abajo. A eso respondía el título de “historia doble”, pues Fals, consistente con la propuesta ya difundida de investigación-acción-participativa —IAP—, proponía reconstruir el pasado en dos canales paralelos: uno para intelectuales y otro para el pueblo. La reseña crítica de Bergquist, a su vez, partía de una concepción marxista, como historiador laboral. Se trataba, por tanto, de una polémica entre distintas aproximaciones al marxismo: más ortodoxo y obrerista el del norteamericano, más heterodoxo y campesinista el de nuestro sociólogo, por demás graduado muchos años antes en Estados Unidos.

Pues bien, Bergquist basaría su crítica a la obra de Fals en tres “pilares del método histórico”:²⁹ primero, la necesidad de dominar la historiografía del lugar y tiempo sobre el que se investiga para no terminar, como decimos coloquialmente, “descubriendo el agua tibia”. Así, según Bergquist, le ocurre a Fals al hablar de ciertos rasgos de la cultura costeña, cuando, a juicio de su crítico, esos rasgos se dan generalmente en sociedades esclavistas; segundo, la insistencia en la evaluación crítica y la referencia exacta en el uso de las fuentes primarias, pues de acuerdo con Bergquist, el sociólogo lo hace con descuido, lo que impide la confrontación de fuentes y la lectura diferente que se puede hacer de las mismas; y tercero, el supuesto facilismo de Fals

28. Ver Germán Colmenares, “La batalla de los manuales”, *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*, comp. Michael Riekenberg (Buenos Aires: Alianza, 1991).

29. No en vano el título de su artículo. Charles Bergquist, “En nombre de la historia: una crítica disciplinaria de *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 16-17 (1988-1989): 205-229.

por ceder al rigor disciplinario de una historia crítica para popularizarla en un segundo canal y, por esa vía, terminar traicionando el ideal democrático que pretendía impulsar.

Si bien el tono de esta crítica sonaba inquisitorial y de disciplinamiento, sin duda Bergquist tocó temas medulares en los *habitus* de los historiadores.³⁰ El punto es que Fals Borda no era un típico sociólogo, y lo que se propuso hacer con *Historia doble de la Costa* fue un ejercicio interdisciplinar. Así, él se defiende atacando a la compartimentación disciplinaria que “limita la visión y corta las alas de la creatividad científica”.³¹ A su vez, Fals reconoce que los tres pilares metodológicos esbozados por Bergquist no son propiedad exclusiva de los historiadores, sino de todo verdadero científico social. Y menciona que sociólogos como Max Weber y Werner Sombart los practicaron haciendo una historia social que al mismo tiempo era sociología histórica. Ante el aparente reduccionismo esterilizante de la crítica de Bergquist, Fals ofrece un acercamiento a lo que él considera la historia viva. Dice que no le tiene aversión al marxismo, pero no hace alarde del uso creativo que le da. Reitera que la IAP “es tan rigurosa y quizás más exigente que la investigación clásica o positivista”.³² Por último, se pregunta por el criterio de validez de una reconstrucción histórica, y se lo deja a las comunidades interesadas en ese ejercicio. En esta réplica, sin querer queriendo, dentro de su heterodoxia, Orlando Fals Borda, el fundador de la sociología colombiana y uno de los iniciadores de las ciencias sociales en Colombia, se acercaba a posturas críticas del paradigma moderno de ciencia.³³

[49]

Si bien el debate no prosiguió en nuestras páginas y dejó una distancia personal entre los dos contrincantes, arrojó luces sobre el entendimiento del oficio del historiador y en general del científico social.³⁴ Años después,

-
30. Al final de su escrito, Bergquist sugiere con cierto sarcasmo: “Es de esperar que la próxima vez que se forme un grupo activista para escribir este tipo de historia, se invite a un historiador a hacer parte de él”. Bergquist 229.
31. Orlando Fals Borda, “Comentarios a la mesa redonda sobre *Historia doble de la Costa*”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 16-17 (1988-1989): 233.
32. Fals Borda 239.
33. Previo al debate Bergquist-Fals Borda, yo había escrito un par de reseñas favorables de *Historia doble de la Costa*, publicadas en la revista cultural del Banco de la República, en las que destacaba la propuesta interdisciplinar y el acercamiento a la historia regional, como lo señala Betancourt 247-248.
34. La obra de Fals nuevamente será sometida a escrutinio, pero desde una orilla diferente a la ortodoxia marxista: la teoría subalternista y las prácticas de historia oral en el mundo aymara boliviano. En efecto, para Silvia Rivera la

a la muerte de Fals, le hicimos un reconocimiento a su papel fundador de las ciencias sociales en el país, cuando le dedicamos la portada del número de 2008 y Alexander Pereira Fernández escribió un artículo en el que lo definía como un intelectual disfuncional al sistema.³⁵ Pero la polémica sobre el oficio del historiador seguirá viva, aunque serán otros los cruzados que se lanzaran al ruedo.

[50]

Los tiempos fueron cambiando, y nuevas tendencias historiográficas tocaron nuestras tierras, acompañadas del fortalecimiento de programas curriculares con la aparición de los primeros doctorados de historia y de nuevas revistas en esa área, es decir, con una mayor institucionalización de la disciplina en el país. A inicios del decenio de los noventa Colombia vivió un breve lapso de relativa paz luego de la expedición de la Constitución de 1991, que consagró la pluralidad cultural y el “Estado social de derecho”, lo cual contrastaba con la apertura económica neoliberal que arrasaba con la industria y la agricultura mientras negaba derechos sociales y económicos a amplias capas de la población. Eran, pues, tiempos propicios para una reflexión sobre los excluidos de la narrativa histórica y los beneficios del desarrollo.³⁶ Pero también los llamados a la multiculturalidad y al pluralismo permitieron que afloraran preocupaciones y nostalgias por el pasado del país y de la misma disciplina.

IAP seguía siendo un método occidental y colonizador de investigación que ocultaba la verdadera voz subalterna. Por eso resaltaba la metodología del Taller de Historia Oral Andino —THOA— que habían construido intelectuales aymaras en Bolivia. Silvia Rivera, “El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia”, *Revista Peri-Feria* 4 (ago.-dic., 2004): 16-26. En una réplica a Rivera, aunque compartí elementos de su crítica, llamé la atención sobre aspectos desconocidos de la IAP y tomé distancia del nuevo vanguardismo étnico implícito en la postura de ella. Mauricio Archila Neira, “Voces subalternas e historia oral”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 32 (2005): 293-308.

35. Alexander Pereira Fernández, “Fals Borda: la formación de un intelectual disórgano”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 35 (2008): 375-412.

36. Un debate menos publicitado, y tal vez no tan explícito como el anterior, se libró en las páginas del *Anuario* entre Guiomar Dueñas y Alberto Flórez Malagón en torno a la obra del politólogo norteamericano James Scott y su aproximación a la resistencia campesina, números 20 (1992) y 21 (1993). Así mismo, la necesidad de nuevos enfoques teóricos e historiográficos produjo interesantes reflexiones sobre las relaciones entre cine e Historia número 22 (1995), los aportes de historia de las mentalidades y de la sociogénesis de Norbert Elias, número 23 (1996).

Este contexto nacional y disciplinario de los años noventa propició el balance de distintos historiadores sobre la situación de la historia. Hubo de todo: optimismo por la consolidación de la disciplina, ponderación de sus logros y limitaciones, pero también pesimismo por la supuesta pérdida de rumbo de la misma y no poca nostalgia por épocas doradas, supuestamente perdidas. Así, Germán Colmenares, poco antes de su muerte, hablaba con optimismo de una maduración de la profesión desde los años sesenta e incluso sugería que ella había “adaptado con éxito a nuestras propias circunstancias paradigmas europeos y anglosajones de investigación”.³⁷

[51]

Más complejo fue el balance historiográfico que realizó un grupo de profesores de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, a comienzos de los noventa, cubriendo distintas áreas de la investigación histórica, desde la económica hasta la política, pasando por la social, la de las ciencias y la de La Violencia.³⁸ A pesar de la desigualdad de enfoques, quienes participamos en dicho balance coincidíamos en una ponderación positiva de la producción histórica nacional, aunque señalábamos cierta banalización del pasado, la incorporación acrítica de modas teóricas producidas en los países centrales, el provincialismo de la investigación histórica y el riesgo de la fragmentación de la disciplina. Por su parte, Jorge Orlando Melo, en uno de los balances que elaboraba periódicamente, en este caso el de 1999, le puso un toque generacional a la supuesta crisis de la disciplina, e incluso llegó a decir:

Los historiadores más jóvenes, con pocas excepciones, parecen estarse dejando llevar por las voces atractivas de teorías que harían cada vez más irrelevante a la historia y alejarían el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país.³⁹

Como dije en un ensayo posterior,⁴⁰ sin duda Melo señalaba riesgos centrales en la disciplina consistentes en la pérdida de relevancia de ciertos

-
37. Germán Colmenares, “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia, 1991”, *Ensayos sobre historiografía* (Bogotá: Banco de la República / Universidad del Valle / Colciencias / Tercer Mundo Editores, 1997) 101.
38. Bernardo Tovar, comp. *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, 2 vols. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994).
39. Jorge Orlando Melo, “De la nueva historia a la historia fragmentada: la producción histórica colombiana en la última década del siglo”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* 36.50-51 (1999): 184.
40. Mauricio Archila Neira, “La historia hoy: ¿Memoria o pasado silenciado?”, *Historia y Sociedad* 10 (2004): 15-33.

[52]

temas investigativos y en el descuido por los problemas centrales de nuestro pasado. Pero hizo un equivocado diagnóstico generacional. No son solo los jóvenes, ni son todos ellos, quienes se dejan atraer por los cantos de sirena del posmodernismo, del que Melo no precisa su contenido ni por tanto su real amenaza a la profesión. Además, no se puede igualar el giro lingüístico con la banalización temática, y menos descalificarlo como una simple moda. Como se ve en el trasfondo de estos balances rápidamente mencionados, había un juicio al legado de la nueva historia, de la que el *Anuario* había sido un decidido impulsor, y por ello era más que justo que en sus páginas se recogiera parte del debate.

Así ocurrió en el número 24 (1997), donde se publicó el provocador artículo de Jesús Antonio Bejarano, “Guía para perplejos”,⁴¹ que fue una lectura bastante pesimista de los rumbos que estaba tomando la disciplina en los últimos tiempos.⁴² Resumamos su contenido para esbozar algunas críticas que en distintos artículos le formulé, entre tantos comentarios que tuvo el polémico texto de Bejarano. Él partía del supuesto de que la historia en Colombia estaba en crisis, especialmente la económica y la social. Era un problema, no de opciones individuales, sino algo que competía a las comunidades académicas. Los signos de esa crisis, que ya se insinuaba desde los años ochenta eran, a su juicio, los siguientes: fragmentación de la disciplina hasta producir incomunicación entre las distintas especialidades, nuevas metodologías que ponderaban lo micro y lo local, y el revivir de la narrativa que debilitaba la capacidad explicativa de la disciplina y acercaba la historia a la ficción literaria. Para él, se trataba de una despolitización del saber histórico por el derrumbe de modelos teóricos que formulaban las preguntas claves para el historiador.

En este punto, Bejarano señalaba que la crisis no era solo de Colombia, sino global, y la atribuía al debilitamiento de corrientes antes influyentes como la Escuela de los Annales, la historia económica y el marxismo. A la tercera generación de la famosa revista francesa, nuestro autor le criticaba el giro hacia el estudio de las mentalidades, aunque matizaba diciendo que algunos grandes historiadores como Jacques Le Goff y Georges Duby

41. En este número también hay otro texto, menos conocido pero igualmente crítico, de Roch Little sobre la historiografía comunista polaca.

42. Jesús A. Bejarano, “Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 24 (1997): 283-329.

se resistían a abandonar el programa de la historia total. La historia económica, el área de interés de Bejarano, vivía la creciente incomunicación entre historiadores económicos y economistas historiadores. Y, aunque no habló mucho del marxismo, el texto respiraba nostalgia por la época en que influía en el mundo universitario, así Bejarano en su proyección política se hubiera distanciado de él. El debilitamiento de estos pilares historiográficos daba paso a la pérdida de rumbo, a las “ideas sin andamio”, lo que para él no era otra cosa que la irrupción del posmodernismo. Con este se abandonaba el carácter científico de la historia, se la alejaba de las ciencias sociales, en especial de la economía y sociología, para acercarse a la literatura y la lingüística, y se perdía la posibilidad de comprender los grandes problemas del pasado. Al final, Bejarano señalaba algunas cosas que se habían salvado del “naufragio”: los intercambios con las ciencias sociales que, por fortuna, seguían; la renovación del marxismo, arrinconado pero no arrasado; y los diálogos con la Economía que pueden serles útiles a los historiadores, “siempre que ellos recuperen su propio rumbo y en ello la economía no puede hacer nada para recuperarlo”.⁴³

[53]

Muchas fueron las voces que se levantaron para alabarlo, no olvidemos que Jesús Antonio Bejarano era una figura no solo de la historia económica nacional sino de la vida política del país, pues había sido comisionado de paz a comienzos de los años noventa y luego embajador en El Salvador. En 1997, cuando hizo la ponencia base del artículo reseñado, en el X Congreso Colombiano de Historia, en Medellín, recién había retornado a la academia. Por supuesto que también hubo voces críticas.⁴⁴ En lo personal, lamento que su prematura muerte, en las aulas de la Universidad Nacional, hubiera impedido entablar un debate con su “guía para perplejos”. A continuación, voy a condensar mis comentarios a su contribución, desparramados en varios de mis ensayos, algunos publicados en nuestra revista.

Ante todo, reconozco que Bejarano dio en el clavo en puntos centrales de la situación de la disciplina en el país y en el mundo, pero yo dudaría de llamarla “crisis”, sobre todo si esta se entiende en sentido negativo de derrumbe, naufragio, pérdida de rumbo, metáforas que él usa en su texto.

43. Bejarano 329.

44. Una de ellas fue la de Alberto Flórez Malagón, “Entre el quehacer y el deber ser de la Historia en Colombia. Notas historiográficas”, *Balance y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*, comps. Adriana Maya y Diana Bonnet (Bogotá: Uniandes, 2003), 15-26.

[54]

Sin duda, hay riesgos de fragmentación de la disciplina y banalización de su objeto y método, mientras surge una profunda duda sobre la posibilidad de comprender el pasado.⁴⁵ Igualmente coincido con sus llamados al diálogo con las ciencias sociales y la economía, de las que la historia puede seguir aprendiendo y a las que les puede aportar. Y, por supuesto, también tengo esperanza en la renovación del marxismo y su contribución a la disciplina. Pero difiero de su mirada pesimista de la disciplina y del oficio en varios planos. Dejo de lado el chocante tono usado en su artículo, como el de un padre que retorna al hogar después de haberse ausentado por largo tiempo y lo encuentra convertido en un caos y se propone reordenarlo, ofreciendo consejos que son más de lo mismo. Vamos a su contenido, que ofrece más posibilidades de discusión.

En primer lugar, no estoy de acuerdo con homogeneizar el posmodernismo como si fuera una sola corriente historiográfica y con un signo político conservador. Hay muchos posmodernismos que tienen diversas orientaciones políticas. Tal vez parte de la debilidad del planteamiento de Bejarano en este punto se deba a que la principal fuente que cita para leer el posmodernismo era Ernest Gellner, un lector juicioso pero alejado de ese pensamiento.⁴⁶ Más grave, en el caso de Bejarano, fue incorporar en el posmodernismo a la historia cultural y de las mentalidades, cuando él mismo era consciente de que en estas corrientes flotaba la idea de conectar lo cultural con lo material sin perder la perspectiva de totalidad. En todo caso, no parece justo generalizar una pérdida de orientación en la disciplina. Los trabajos históricos que en nuestro medio han tenido más repercusión en los últimos tiempos, algunos de ellos premios nacionales en ciencias sociales, no son propiamente historias banales sin dimensión crítica. Y curiosamente el debate posmoderno ha traído algo muy bueno para la disciplina, y es retornar a la teoría de la que tradicionalmente nos habíamos alejado.

En segundo lugar, todo el artículo de Bejarano respira una nostalgia por el orden perdido, como si la historia fuera una disciplina uniforme y sólida, como un edificio que el ataque posmoderno hubiera derrumbado. La metáfora que precede su texto —la del mapa en el que los historiadores nos perdimos— es bastante dicente porque, además, Bejarano toma distancia del oficio y se define como economista. A nuestro juicio, el riesgo de la

45. Mauricio Archila Neira, “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) historia cultural”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26 (1999): 252-285.

46. Ernest Gellner, *Posmodernismo, razón y religión* (Barcelona: Paidós, 1994).

fragmentación no se lo inventó el posmodernismo, que ya vimos es plural, sino que tiene sus orígenes en el siglo XIX. Esta corriente reciente es más un síntoma de la supuesta crisis disciplinaria que su causa. Así mismo, la solución que Bejarano ofrece a la situación crítica del saber histórico es más de lo mismo. Nos referimos a sus llamados a la lectura estructural del pasado, que no incorporan las críticas que se le han hecho a la concepción unitaria y teleológica del estructuralismo, así como la visión estática y sincrónica que introdujo este pensamiento en la comprensión del pasado.

[55]

Por último, la denuncia de la despolitización de la disciplina y el abandono de proyectos transformadores, que sin duda es un grave riesgo para la historia, no es solo de los posmodernos, ciertamente no de todos ellos, y menos de las generaciones jóvenes, sino de los usos y abusos del pasado para legitimar los poderes del presente.⁴⁷ Y en esto puede radicar la crítica que las nuevas generaciones le pueden hacer a la nueva historia. Como lo dijimos en su momento,⁴⁸ no se trata de hacer un juicio moral, ni menos un ataque personal a connotados colegas, sino de preguntarse en qué quedó la renovación que prometía la llamada “Nueva Historia” y cuál ha sido su relación con los poderes vigentes en nuestra sociedad. Si sobre lo primero tenemos muchos puntos positivos que señalar, pues gran parte de lo que es hoy la profesión se le debe a ella, sobre lo segundo la respuesta es más difícil. Nos preguntamos si en la eventual pérdida de una dimensión crítica en la disciplina no habrá cantos de sirena más poderosos que las modas historiográficas supuestamente incorporadas por nuestros estudiantes. A modo de respuesta, pensamos en el uso que el establecimiento hace de los intelectuales para legitimarse, seducción de la que no escaparon algunos nuevos historiadores y lo siguen haciendo otros novísimos.

Damos un nuevo salto temporal para tocar el último debate al que haré referencia:⁴⁹ la crítica que el historiador colombiano Medófilo Medina hizo al

47. Algo muy denunciado por Hobsbawm en *Sobre la historia*, especialmente en el capítulo 1.

48. Archila, “La Historia hoy...” 15-33.

49. Hubo otras polémicas en ese lapso de tiempo, que no trascendieron tanto como los anotados arriba. Así, en el número 31 (2004) se publicó un par de artículos en torno a la novela de Gabriel García Márquez sobre Simón Bolívar, y en general sobre las relaciones entre historia y literatura. Paralelamente se ventilaron algunas discusiones iniciadas por Ricardo Sánchez sobre el uso de la categoría de “socialismo mestizo” para referirse al pensamiento político de los años veinte del siglo pasado. Ricardo Sánchez, “Réplica”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 29 (2002): 321-323, o sobre el alcance de la

[56]

“paradigma” —así lo llama— de las revoluciones hispánicas en la Independencia de François-Xavier Guerra en el volumen 37, número 1, correspondiente a 2010; la réplica del polémico historiador mexicano Roberto Breña a ese texto y la respuesta final de Medina a esa réplica, ambas publicadas en el volumen 38, número 1 del año siguiente. Este debate trascendió las páginas del *Anuario*, pues no solo se prolongó en una mesa redonda en el Congreso Colombiano de Historia, llevado a cabo en Neiva en 2012, sino que se difundió en América Latina y fue reproducido, por ejemplo, por la revista virtual argentina *PolHis*, que dirigía Marcela Ferrari. La trascendencia de esta polémica no se debe tanto a los articulistas, aunque obviamente ellos cuentan, en especial el historiador mexicano porque parece cazar peleas en ámbitos historiográficos de su país y fuera de él,⁵⁰ y se ha convertido en una especie de cruzado defensor de François-Xavier Guerra. A mi juicio, el debate trascendió porque toca un “paradigma” muy difundido en los últimos años en el continente y en Europa para leer la Independencia en Hispanoamérica, “paradigma” que, a su vez, hace eco del revisionismo francés de François Furet en torno al concepto y la realidad de las revoluciones en la Modernidad occidental. Es, por tanto, un debate central en el momento actual de la disciplina, con consecuencias aleccionadoras para el futuro del oficio. Veámoslo brevemente, no sin antes considerar el contexto social en el que se dio.

Mientras en el mundo se producía el repliegue del neoliberalismo —atacado por movimientos globales de resistencia y por gobiernos progresistas en América Latina, sin que ello significara su derrota—, el Imperio, ahora sin rivales de su misma estatura, lanzaba una guerra contra un nuevo enemigo: el terrorismo deslocalizado. En términos de la disciplina, la caída del socialismo había producido también el desprecio del marxismo y de toda teoría crítica que, quierase o no, habían alimentado la historia social. Los vientos posmodernos del giro lingüístico se enseñoreaban en nuestras toldas al lado de los más diversos revisionismos que pretendían refundar la disciplina. En el plano latinoamericano, estábamos en los tiempos del bicentenario, celebrado, como lo denuncia Medina, en los marcos nacionales. En el caso colombiano, para 2010 teníamos un presidente que no solo quiso pasar a

obra, a cargo de Renán Vega, “Una respuesta a Ricardo Sánchez sobre ‘Gente muy rebelde’”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 33 (2006): 435-448.

50. Alan Knight, en su ponencia del Encuentro que da origen a esta publicación “Las revistas históricas y América latina: la perspectiva europea/inglesa”, se refiere a uno que libró con Enrique Krause en torno al papel de las revistas de historia y en últimas, de los intelectuales en la creación de un amplio público.

la historia por su manejo autoritario, sino que pretendió darnos lecciones de la misma, presentándose como el ángel de la paz. Pero el resultado fue el contrario, nos dejó un país incendiado que hasta ahora está tratando de reencontrar su camino para el diálogo civilizado. Como se desprende de este breve contexto, el debate a la obra de Guerra no es una especulación de intelectuales aislados en su torre de marfil, sino una intervención en el presente desde la lectura rigurosa y crítica del pasado.

Precisamente en su artículo de 2010, Medófilo Medina⁵¹ hacía una reflexión sobre el bicentenario de la Independencia, celebrado y narrado generalmente en marcos nacionales. De ahí su insistencia es trascenderlos en una perspectiva continental. Para ello, acudió a un rápido examen de propuestas transnacionales, como pueden ser el modelo de las revoluciones atlánticas entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX, que paralelamente construyeron hace 60 años el francés Jacques Godechot y el norteamericano Robert Palmer. Aunque Medina reconoce que François-Xavier Guerra no defiende este modelo, está emparentado con él. Otra propuesta menos publicitada de leer la Independencia en Hispanoamérica por encima de los marcos nacionales fue la de Manfred Kossok, quien en la antigua República Democrática Alemana hablaba de lo ocurrido en el continente como parte de grandes transformaciones en el capitalismo, derivadas de los procesos revolucionarios de fines del XVIII y comienzos del XIX. Si Kossok no fue referencia para Guerra, sí lo era, a juicio de Medina, el revisionismo de François Furet en torno a la Revolución francesa, a la que este historiador termina caracterizando como un evento político de disputa de ideas sin trasfondo económico y menos de lucha de clases. Para Furet, aquella no fue una revolución burguesa ni produjo mucho cambio, por lo que es casi un evento prescindible.

Hecha esta entrada de las filiaciones de François-Xavier Guerra, Medina se enfoca en el “paradigma” de las revoluciones hispánicas, que se construye a finales de los años ochenta, cuando se está derrumbando el socialismo —una coincidencia nada despreciable— y a juicio de Medina se mantiene inalterado hasta la muerte del historiador hispano-francés. En síntesis, su modelo insiste en que la Independencia en Hispanoamérica fue una revolución política, entendida más como cultura y sociabilidad de las

[57]

51. Medófilo Medina, “En el bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las ‘revoluciones hispánicas’”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 37.1 (ene.-jun., 2010): 149-188.

[58]

élites, sin mayor conexión con lo económico y menos aún con la acción de sectores populares modernos. Esta revolución política se debió a la crisis de la Monarquía española provocada por la invasión de las tropas napoleónicas a la Península Ibérica en 1808. Esto exacerbó el patriotismo español que se difundió desde la madre patria a las colonias. Para Guerra, en 1810 todo estaba definido, y lo que siguió en América fue un corolario del evento central ocurrido en España en el bienio crucial de 1808-1809. Allí se gestó la construcción de la modernidad hispanoamericana, nutrida de ideas propias y no de la influencia francesa. Esto se plasmará en la Constitución de Cádiz, faro del constitucionalismo y del liberalismo americano, a juicio de Guerra.

Después del recorrido por los pilares fundamentales del modelo de las revoluciones hispánicas, crudamente resumido por nosotros, Medina concluye señalando la recepción casi unánime de este modelo, aunque resalta a algunos críticos como Alan Knight, Frank Safford y Elías Palti, tachados por los discípulos de Guerra como detractores de su “paradigma”. Nuestro historiador reflexiona sobre la tensión entre presente y pasado, y la tentación del anacronismo que persigue al historiador, que en Guerra se manifiesta en la recurrente comparación entre la crisis de la Monarquía española y la caída de lo que llamaba “el Imperio soviético”. Al final, Medina esboza, demasiado sucintamente a nuestro juicio, su propuesta de construir una perspectiva continental de la Independencia.

Un año después publicamos la réplica que Roberto Breña hizo del texto ya resumido.⁵² Breña inicia saludando el esfuerzo de Medófilo Medina, pues considera que la obra de Guerra no ha sido sometida a ponderada crítica. Dice que tiene coincidencias y divergencias con Medina. Rechaza el historiador mexicano que el modelo de las revoluciones hispánicas esté emparentado con el de las revoluciones atlánticas, pues según él, este último unifica diversos eventos y procesos mientras desconoce la particularidad de Hispanoamérica, que es central en Guerra. Breña dice luego que la “causa eficiente” de nuestra independencia fue la invasión napoleónica. Completa esta afirmación con un breve ejercicio de historia contrafactual: si dicha invasión no hubiera ocurrido, el Imperio español habría sobrevivido mucho tiempo más. A renglón seguido se muestra incómodo con la alusión de Medina sobre la relación entre Furet y Guerra, y no cree que nuestro historiador la

52. Roberto Breña, “Diferendos y coincidencias en torno a la obra de François-Xavier Guerra (una réplica a Medófilo Medina Pineda)”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38.1 (ene.-jun., 2011): 281-300.

logre demostrar. A continuación, el mexicano retoma los pilares del modelo de Guerra para señalar coincidencias con la crítica de Medina, por ejemplo, a la exagerada importancia que tal modelo atribuye al bienio crucial, a los eventos de la Monarquía en España y a la Constitución de Cádiz. También coincide con nuestro historiador en la sobrevaloración que Guerra hace de la modernidad, con el teleologismo que se desprende de allí. Pero difiere de la crítica que Medina hace a la supuesta novedad de la historia política en Guerra. Breña reconoce que este sí tiene su sesgo cultural, pero que es una nueva propuesta historiográfica que deja atrás la historia tradicional, en la que parece englobar a la Escuela de los Annales y toda la historia social. El polemista mexicano toca por último la recepción de la obra de Guerra y, al contrario de Medina, dice que parece estar de moda criticarla. Descarta a varios de los supuestos detractores de Guerra para detenerse en Elías Palti, a quien considera el crítico más serio y profundo del paradigma de las revoluciones hispánicas, por lo que hace un llamado de atención a Medina por haberlo tocado tan rápidamente. Concluye Breña, y en ello coincide con nuestro historiador, en rescatar la dimensión continental de la Independencia, siempre y cuando no se desconozca el aporte hispano, analizado certeramente, aunque con cierta exageración, por Guerra.

[59]

En el mismo número de la revista salió la respuesta de Medófilo Medina a Roberto Breña,⁵³ en la que el primero aprovecha para profundizar su crítica al modelo de François-Xavier Guerra. Cree que Breña le bota mucha pólvora a su breve señalamiento de la relación entre las llamadas revoluciones atlánticas y las hispánicas. Medina dice que lo suyo era una simple taxonomía para insistir en sacar la Independencia de los estrictos moldes nacionales. Se aparta de Breña en la curiosa búsqueda de la “causa eficiente”, de raigambre aristotélica y escolástica. Toca luego la molestia que le causa a Breña la asociación entre Furet y Guerra, e insiste en que lo común entre ellos es la concepción integral de una revolución política sin conexión con lo económico y la lucha de clases. Ambos, además, retoman la versión conservadora de la sociabilidad elitista acuñada por Augustin Cochin. La obra de Guerra, afirma Medina, no está aislada, sino que hace parte del revisionismo sobre la historia de Francia. Para el historiador colombiano, Guerra excluye de su análisis las rebeliones indígenas y campesinas del siglo

53. Medófilo Medina, “Alcances y límites del paradigma de las ‘revoluciones hispánicas’”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38.1 (ene.-jun., 2011) 301-324.

[60]

XVIII, las cuales deben ser vistas, no como antecedentes, sino como parte de un ciclo revolucionario en el que lo económico también debe contar. Le agradece a Breña la disposición pedagógica para darle lecciones sobre Palti, a quien Medina reconoce como crítico de Guerra, pero dice que no era el tema central de su ensayo. A continuación, Medina se detiene en el intento contrafactual de Breña para decir que no tiene asidero, no solo a partir de lo que ocurrió luego, sino de mentes lúcidas de la época. Para él, el Imperio español estaba en profunda crisis y no fue destruido por el accidente de la invasión napoleónica. Lo contrafactual puede ser útil, dice luego, si no es pura fantasía. Concluye agradeciendo la réplica de Breña, pues propicia una controversia que es poco común en estas épocas posmodernas, en que cada cual puede tener su interpretación sin que el otro se la pueda criticar. Reclama Medina una historiografía “posrevisionista”, que incorpore los indudables aportes de la historia político-cultural en la que se enmarca la obra de Guerra, sin desconocer la gran contribución de los enfoques previos tradicionales y socioeconómicos.

Como se ve, es un debate que toma una obra de indudable importancia como la de François-Xavier Guerra en el contexto del bicentenario de la Independencia para reflexionar en torno al devenir de la disciplina y del oficio del historiador en los tiempos actuales, como también sobre el papel de los cambios revolucionarios en la historia. Con ello culminamos el intento de mostrar al *Anuario* como una revista entre otras, que abre sus páginas al debate historiográfico, además de difundir nuevo conocimiento sobre el pasado y presente de Colombia y, cada vez más, del continente. De esta forma, ha contribuido a moldear el futuro de la disciplina en nuestro ámbito nacional y fuera de él. Es hora de concluir este breve recorrido por los aportes historiográficos de la revista en sus 50 primeros años.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos visto que el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* es un objeto de reconocimiento por ser la primera revista universitaria de historia y la segunda de la disciplina en el país, y por cumplir 50 años, algo no muy común de las revistas académicas en nuestro medio. Pero su trascendencia radica en el aporte historiográfico que ha brindado a lo largo de su corta existencia, pues es todavía una revista joven. Así veíamos que en sus páginas han escrito los primeros historiadores profesionales del país y algunos extranjeros, quienes en los últimos años aumentan su participación, especialmente los latinoamericanos. También,

desde la década del ochenta para acá, se siente el mayor peso de estudiantes de posgrado y aun de recién graduados de pregrado. Por obvias razones, el actual territorio colombiano es el que más atención ha recibido, pero en forma creciente aparecen otros países latinoamericanos y aun europeos; poco de Norteamérica, es cierto. En esta tendencia a salir del tradicional provincialismo colombiano influye nuestro programa de doctorado, por su énfasis comparativo, pero también las recientes tendencias historiográficas que hablan de lo transnacional. Igualmente, durante sus 50 años, la revista ha cambiado de concentración temporal: de la ruptura inicial con la narrativa patriótica se remontó a la Colonia primero y luego al siglo XIX, y desde los años noventa al siglo XX. Con esta mutación temporal hay también modificación de las áreas de estudio. Aunque aparentemente se produce un retorno a la historia política, no es en los moldes tradicionales de la historia patria; es un acercamiento que se conecta con la historia social y cultural, los grandes temas de la revista, como lo expresa su nombre. A su vez, repuntan nuevas áreas, como la historia de las ciencias, la historiografía, y los debates teóricos y metodológicos.

[61]

No podemos decir que el *Anuario* haya encarnado una escuela homogénea de saber histórico en el país, pero sí ha aportado rupturas historiográficas y nuevos enfoques, manteniendo una pluralidad en su seno. Sin duda, contribuyó a la aparición de la Nueva Historia colombiana, mejor designada como historia crítica universitaria. Hoy en día sigue iluminando el oficio y marcando nuevos derroteros, pero, por fortuna, no está sola: otras revistas nacionales e internacionales disciplinares se han ido sumando a la renovación historiográfica.

En su trayectoria, el *Anuario* ha cosechado logros y realizado aportes significativos a la disciplina en el país. También ha reproducido las limitaciones del mundo universitario nacional. Tal es el caso de la débil proyección al sistema educativo en general, especialmente a la educación básica, y la timidez en llegar a un público más amplio. Pero no se puede decir que la revista refleje simplemente un mundo intelectual encerrado en su torre de marfil. Como hemos visto, su producción, especialmente en los temas de debate, toca situaciones cruciales de nuestra sociedad en un contexto cada vez más globalizado.

Y ya que tocamos la globalización, no podemos menos que constatar que nuestra revista, como otras de historia del país y del continente, refleja la condición subalterna a la que está sometida en varios niveles: como vocera de una disciplina considerada blanda por su carácter ideográfico, no solo

[62]

ante las ciencias naturales sino incluso dentro de las sociales. Pero además el *Anuario* es subalterno por el conocimiento localizado que refleja, y más porque es producido desde la periferia del sistema mundial, sumado a que está escrito principalmente en español. Esto hace que le sea difícil figurar en los índices internacionales de citaciones, contruidos desde el norte con criterios comerciales y, en todo caso, coloniales. Algo conocido, pero que no sobra recordar, es que en la academia también estamos sometidos a relaciones desiguales de poder, que en este caso se traducen en los criterios “internacionales” sobre lo que es una revista científica, criterios que, desafortunadamente, a veces incorporamos sin tomar distancia crítica.⁵⁴ Según dichos criterios, el *Anuario* debería replantearse tan de fondo que lo que estaríamos celebrando no serían sus primeros 50 años, sino su entierro. Como este no es caso, por fortuna, debemos aprovechar esta efeméride para hacer un pronunciamiento público y amplio por el derecho a difundir nuestro conocimiento localizado en la periferia global, a través de nuestras redes de pares académicos, especialmente en el ámbito iberoamericano y en nuestro idioma, sin cerrarnos a publicar textos en otras lenguas.⁵⁵

Para concluir, bien podemos retomar el consejo que les daba Jaime Jaramillo Uribe a las directivas de la Universidad Nacional en un informe de labores en 1964: “Publicaciones de esta índole, en las cuales cada volumen representa un verdadero enriquecimiento de la cultura nacional, y un verdadero instrumento de trabajo para profesores y estudiantes, deberían estimularse en todos los frentes y recibir todo el apoyo de la universidad”.⁵⁶ Así ha ocurrido y seguramente seguirá ocurriendo, para fortuna de nuestra alma máter y de la historiografía colombiana y latinoamericana. Deseémosle, pues, larga vida al *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*.

54. Al respecto, consultar Boaventura de Sousa Santos, *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social* (México: Clacso / Siglo XXI, 2009). Y muy útil es la reflexión de María Alejandra Tapia y Luis Olaya, “Revistas, mercancías y el circuito del capital”, *Latin American and Caribbean Studies Center. 12th Annual Graduate Conference*, Stony Brook, EE.UU., abril de 2013.

55. Remitimos a la “Declaración de Bogotá” que publicamos en este número y que recoge inquietudes similares compartidas por la mayoría de los editores de revistas asistentes al evento de los 50 años del *Anuario*. “Declaración de Bogotá”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 40, suplemento n.º 1 (2013): 19-21.

56. Silva 30.

OBRAS CITADAS

- Archila Neira, Mauricio. “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) historia cultural”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26 (1999): 249-285.
- Archila Neira, Mauricio. “La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá”. *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Eds. Mauricio Archila Neira, François Correa, Ovidio Delgado y Jaime Eduardo Jaramillo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006. 175-205.
- Archila Neira, Mauricio. “La historia hoy: ¿Memoria o pasado silenciado?”. *Historia y Sociedad* 10 (2004): 15-33.
- Archila Neira, Mauricio. “Voces Subalternas e historia oral”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 32 (2005): 293-308.
- Bejarano, Jesús A. “Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 24 (1997): 283-329.
- Bergquist, Charles. “En nombre de la historia: una crítica disciplinaria de *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 16-17 (1988-1989): 205-229.
- Betancourt, Alexander. *Historia y nación: tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, 2007.
- Bourdieu, Pierre. *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Breña, Roberto. “Diferendos y coincidencias en torno a la obra de François-Xavier Guerra (una réplica a Medófilo Medina Pineda)”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38.1 (ene.-jun., 2011): 281-300.
- Colmenares, Germán. “Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia”. *Ensayos sobre historiografía*. Bogotá: Banco de la República / Universidad del Valle / Colciencias / Tercer Mundo Editores, 1997. 121-166.
- Colmenares, Germán. “La batalla de los manuales”. *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*. Comp. Michael Riekenberg. Buenos Aires: Alianza, 1991. 87-99.
- Colmenares, Germán. “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia, 1991”. *Ensayos sobre historiografía*. Bogotá: Banco de la República / Universidad del Valle / Colciencias / Tercer Mundo Editores, 1997. 97-120.
- Colmenares, Germán. *Partidos políticos y clases sociales*. Bogotá: Uniandes, 1968.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.

[64]

- Fals Borda, Orlando. "Comentarios a la mesa redonda sobre *Historia doble de la Costa*". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 16-17 (1988-1989): 231-240.
- Flórez Malagón, Alberto. "Entre el quehacer y el deber ser de la historia en Colombia. Notas historiográficas". *Balace y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*. Comps. Adriana Maya y Diana Bonnet. Bogotá: Uniandes, 2003. 15-26.
- Gellner, Ernest. *Posmodernismo, razón y religión*. Barcelona: Paidós, 1994.
- Hobsbawm, Eric. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica, 1999.
- Jaramillo, Jaime Eduardo. "Consideraciones finales". *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Eds. Mauricio Archila Neira, François Correa, Ovidio Delgado y Jaime Eduardo Jaramillo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006. 442-445.
- Jaramillo Uribe, Jaime. *De la sociología a la historia*. Bogotá: Uniandes, 1994.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica-social de la esclavitud en el siglo XIX". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 4 (1969): 63-86.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 2 (1964): 239-293.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 8 (1976): 5-18.
- Jaramillo Uribe, Jaime. *Memorias intelectuales*. Bogotá: Taurus / Uniandes, 2007.
- Knight, Alan. "Las revistas históricas y América latina: la perspectiva europea/inglesa". Ponencia. Encuentro Internacional: El Papel de las Revistas de Historia en la Consolidación de la Disciplina en Iberoamérica. Bogotá, ago. de 2013.
- König, Hans-Joachim. "Los 'Caballeros andantes del patriotismo'. La actitud de la Academia Nacional de Historia Colombiana frente a los procesos de cambio social". *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*. Comp. Michael Riekenberg. Buenos Aires: Alianza, 1991. 159.
- López, Abel Ignacio. *Europa. Temas, debates y libros*. Bogotá: Estudio Gráfico, 2013.
- Medina, Medófilo. "Alcances y límites del paradigma de las 'revoluciones hispánicas'". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38.1 (ene.-jun., 2011): 301-324.

- Medina, Medófilo. "En el bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las 'revoluciones hispánicas'". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 37.1 (ene.-jun., 2010): 149-188.
- Medina, Medófilo. "La historiografía política del siglo xx en Colombia". *La historia al final del milenio*. Vol. 2. Comp. Bernardo Tovar. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994. 433-532.
- Melo, Jorge Orlando. "De la nueva historia a la historia fragmentada: la producción histórica colombiana en la última década del siglo". *Boletín Cultural y Bibliográfico* 36.50-51 (1999): 165-184.
- Melo, Jorge Orlando. "Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial". *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Eds. Francisco Leal y Germán Rey. Bogotá: Uniandes / Fundación Social / Tercer Mundo Editores, 2000. 153-177.
- Pereira Fernández, Alexander. "Fals Borda: la formación de un intelectual *disórgano*". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 35 (2008): 375-412.
- Rivera, Silvia. "El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia". *Revista Peri-Feria* 4 (ago.-dic., 2004): 16-26.
- Sánchez, Ricardo. "Réplica". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 29 (2002): 321-323.
- Santos, Boaventura de Sousa. *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Clacso / Siglo XXI, 2009.
- Silva, Renán. "El Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, un acontecimiento historiográfico". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 30 (2003): 11-42.
- Tapia, María Alejandra y Luis Olaya. "Revistas, mercancías y el circuito del capital". *Latin American and Caribbean Studies Center. 12th Annual Graduate Conference*. Stony Brook, EE.UU, abr. de 2013.
- Tovar, Bernardo; comp. *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. 2 vols. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- Tovar, Bernardo. "El pasado como oficio, trayectoria intelectual del historiador Jaime Jaramillo Uribe". *Nómadas* 4 (1996): 132-147.
- Tovar, Hermes. "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 5 (1970): 65-111.
- Vega, Renán. "Una respuesta a Ricardo Sánchez sobre 'Gente muy rebelde'". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 33 (2006): 435-448.

[65]

